

## Tecnología, Filosofía y Psicoanálisis: soñar con objetos<sup>i</sup>

Muy buenas tardes a todas y todos ustedes.

Es un gran honor estar hoy aquí. Poco tengo que agregar a lo que la revista dice por sí misma, tanto en el número más reciente como a lo largo de este medio siglo que hoy celebramos. Me disculpo de antemano con los autores por no hacer un repaso cuidadoso de sus textos. Así como con todos ustedes por claramente no estar a la altura de mis anfitriones.

Permítaseme decir, antes de comenzar en forma, que todo lo que diga, piense, asocie y sienta al leer este modesto texto es a la memoria de un hombre extraordinario llamado Luis Feder, a su generosidad, a su sabiduría, a su empatía humana, a su música, a su amor a la vida.

1

1965 es quizá el año más revolucionario de la música a lo largo de todo el siglo XX. Y no lo digo yo que poco sé de música, sino mi querido amigo José Luis Pacho, músico, investigador, exdirector de la Casa del Lago, baterista de La Maldita Vecidad y hoy director del Museo Universitario del Chopo.

Pongo de ejemplo solo los Beatles en aquel 1965: I Feel Fine. Eight Days a Week; Ticket to Ride, Help, , y Yesterday, nada menos.

1965 es también, lo sabemos todos, el año que inicia este esfuerzo continuado que ha sido, que es *Cuadernos de Psicoanálisis*. Por aquel entonces, la APM cumplía 10 años de labor y habían pasado apenas 20 desde el final de la 2a Guerra Mundial. Es decir, menos tiempo del que ha transcurrido entre el

Terremoto de 1985 y nuestros días, marcados aún en muchos sentidos por su huella.

No sé, porque nunca hablé de esto con él, si Luis Feder sabía que su sueño de hacer una gran Bibliografía de la APM a través de *Los Cuadernos*, había coincidido, al menos en año, con el sueño que Paul Mc Cartney asegura haber tenido en la casa de su novia Jane Asher y su familia en Londres, en la calle Wimpole. Al despertar, fui corriendo al piano, puse en funcionamiento la grabadora de cintas y toqué la canción para no olvidarla junto con su sueño.

Al despertarse, fue rápidamente al piano, puso en funcionamiento una grabadora de cintas y la tocó, para no olvidarla junto con su sueño. El sueño de Paul es la canción de la que más versiones se han grabado en la historia. El sueño de Luis, y muchos otros, está vivo y está aquí.

2

Un objeto nunca es solo un objeto. Parecido más a un espejo que a la vez conserva dentro de sí el proceso por el que atraviesa su concepción, producción, consumo y significación, y que al mismo tiempo mantiene marcas del mundo en el que irrumpe, todo objeto es una síntesis, un punto de confluencia vertido en materialidad entre tres tiempos, tres dimensiones humanas: necesidad, invención y deseo.

Existe el mundo material, pero las prácticas simbólicas hacen parte del encuentro social y la mediación entre las cosas y su contexto. Los objetos, asegura el reputado sociólogo Stuart Hall, se deben por igual a su materialidad que a su significado. Forman parte, por lo tanto, del complejo mundo de las

representaciones. Es decir, de los procesos socioculturales a través de los cuales se dota de significado a la materialidad.

Nunca le pregunté a Feder cómo se había sentido al tener entre las manos ese objeto llamado número uno de *Cuadernos de Psicoanálisis*. Pero está claro que la tactilidad de ese objeto recién puesto en el mundo, si me permiten decirlo así, debieron haber causado en él una enorme emoción.

Cada vez que un número sale, y fíjense en la palabra que se usa, salir, afuera de Feder, afuera de cada uno que ha escrito, corregido, y colaborado con *Los Cuadernos* a lo largo de estos 50 años, convergen los tres estadios que subraya Hall: el significado contenido en el objeto mismo, el significado por el/los sujetos que enuncian, y el significado es construido por medio y en medio del lenguaje. En cuyo caso, se reconoce que el significado no puede estar fijo en los objetos o en quienes se comunican a través de éstos.

3

Así pues, los objetos, esta revista, que no es un cuaderno, y mucho menos un cuadernos, incluida, son materia en tanto pueden ser vistos y palpados.

Mas si los objetos pueden ser mirados y tocados, pero no pueden hablar por sí mismos, plantea Elian Hooper-Greenhill, profesora emérita de la Universidad de Leicester, en Reino Unido, entonces la clave estará en ¿qué se dice sobre ellos y quién lo dice? De suerte tal que el significado del objeto se construirá en el diálogo entre el objeto y quien lo observa, lo interpreta y le da, entonces, significado.

Para Susan Pearce, los objetos nos dan pistas para entender los comportamientos de la gente y las diferencias de pertenecer a un grupo o a otro (Pearce, 1992). De manera que los objetos son una forma de ver el “yo” y sus relaciones sociales. Por tanto, los objetos son fundamentales en la producción de la historia. Las ideas no pueden existir sin contenido físico y los objetos físicos pierden sentido fuera del contexto social.

Pensar y objeto son simultáneos (Pearce, 1992: 21). Todo objeto, así sea una copia, tiene el poder de traer el pasado al presente, por la relación que ha tenido con los eventos que marcan su historia.

Si los objetos condensan el pasado, el contacto con ellos no es únicamente un consumo pasivo, también puede despertar sueños individuales y colectivos. John Urry, en una reflexión sobre cómo las sociedades recuerdan, dice que ver ciertas escenas o artefactos funciona para despertar deseos reprimidos y, por tanto, conectar el pasado con el presente

Haciéndome eco del espíritu trasdisciplinar que anima el número de aniversario de *Cuadernos de Psicoanálisis*, he querido traer hasta aquí un caso de eso que Hooper-Greenhill, y otros, llaman cultura de la materialidad, para ilustrar el cambio de época, ya no digamos de paradigmas, que se halla entre los extremos de Los Cuadernos, su primer número, y el más reciente, éste, que veo y toco.

4

Según se cuenta, lo que ahora yo voy a narrar debió haber sucedido por ahí de cuando *Cuadernos de Psicoanálisis* celebraba cinco años de existencia, 1975. Quizá, un poco después, pero no demasiado.

A decir del inventor, que no es un paciente, pero actúa como tal, su amigo de toda la vida entró en la oficina y le dijo: “Me gusta escuchar música, pero no quiero molestar a los demás”.

Tenía aspecto desdichado, sí, esa es la palabra que usa el inventor en su narración: desdichado. Había entrado a mi oficina, sigue narrando en sus memorias, y me hablaba sobre su deseo de llevar con él la música a todas partes. ¿Qué te lo impide?, preguntó el inventor a su amigo mientras lo veía acomodarse los audífonos alrededor del cuello.

Como en todo mito, la respuesta fue enigmática, polisémica y abierta a los misterios de la existencia, aunque los protagonistas, también como en todo mito, no lo supieran en ese momento. El peso, contestó el amigo apesadumbrado; el peso me lo impide.

Durante los siguientes años pusieron a los ingenieros de la compañía que había fundado juntos al terminar la Segunda Guerra Mundial, a materializar, o sea, a darle materialidad a vencer el peso del apesadumbrado. La compañía se llamaba, se llama, Sony, el inventor-narrador: Aiko Morita, y su amigo, Masaru Ibuka. Para 1980, el lanzamiento de un pequeño rectángulo de pilas para escuchar música era ya un fenómeno. Al objeto le pusieron por nombre: Walkman.

Y desde entonces, la música, el peso, y quizá incluso la desdicha, jamás volvieron a ser las mismas. Jamás. Habían dado con el secreto de la liviandad.

5

Desde hace relativamente mucho tiempo, la idea de que hay una filosofía que específicamente se ocupa de la ciencia, es una idea aceptada y puesta en práctica de manera muy amplia. En buena medida, esta misma revista es resultado de este aserto.

En el cruce de ciencia y filosofía. Ambas, son tipos de conocimiento particular constituido por ideas y teorías. Entre lo científico y lo filosófico encontramos, por tanto, las teorías científicas, como las teorías sobre la ciencia.

Kepler, Copérnico, Einstein, Freud, desde luego, y cientos de científicos más, han modificado sus disciplinas, a la vez que han contribuido a transformar nuestra percepción del mundo, y de nosotros mismos.

Mas, es al hecho de formular preguntas tales como qué constituye la verdad en una ciencia, o cuál es su relación con aspectos políticos o morales, lo que da cuerpo a eso que llamamos filosofía de la ciencia propiamente.

Menos afianzado, sin embargo, se encuentra el planteamiento de una filosofía de la tecnología. Extraño, visto desde nuestro presente, en el que todo, absolutamente todo, está tocado por lo tecnológico y donde las transformaciones

vertiginosas en este ámbito, marcan el ritmo de los cambios sociales de manera cada vez más clara.

Durante años y años, la tecnología se consideró, en el mejor de los casos, como ciencia aplicada, cuando no simple fabricación o uso de artefactos. Hoy, empero, esta concepción no corresponde al papel que el conocimiento específicamente tecnológico tiene en la sociedad y en nuestras vidas.

Postular una filosofía de la tecnología está vinculado a la necesidad de reflexionar, y no solo utilizar los inventos o dispositivos. De hacer preguntas éticas y trazar líneas de discusión sobre la relación entre los seres humanos y los aparatos.

6

Tengo clara como si hubiera sido ayer, la primera vez que me coloqué los audifonos, ligerísimos de mi primer walkman, alrededor de mi cabeza. Fui el primero de todo mi grupo en la secundaria que tuvo uno de esos artefactos. Me lo había traído de regalo mi padre de un viaje a Suiza. Venía, el walkman, con aquel su primer cassette mezclado y grabado con pulcritud especialmente por Philips para Sony.

Me coloqué la diadema y, no sabía, pero supe de modo vivencial, de eso que Roberto Calasso llama en *Las bodas de Cadmo y Harmonía*, como la invasión de lo invisible.

Como en los mitos, fui seducido, envuelto, en lo que existe una sola vez y por poco tiempo. Sigo a Calasso. En la precaria maravilla de un prodigio. Breve, espléndida, irrecuperable. En medio de lo irreperable de lo irrepetible.

Una emoción profunda por gracia de la música y la tecnología. Ahí estaba yo. Encerrado en los acordes; liberado del mundo.

Y sin embargo, era a la vez, no ha dejado de ser nunca desde la memoria, ese archipiélago de fragmentos que son cada cual y todos en conjunto, un sujeto desdoblado por el sonido. Un estado en el que un soundtrack que sonaba en mi interior/exterior, colacaba a la materialidad de lo que me rodeaba en una película imaginaria en la que yo me vivía/imaginaba. Era yo el narrador de mí mismo y de propia vida vista en conjunto. Y en la cabeza, una corona, un collar, una guirnalda, los famosos auriculares ligeros, cual piés de Aquilés, cual circularidad efímera y eterna del olivo.

7

“La materia del sueño y del tiempo/en la ardiente luz de la dura palabra,/hecha de piedra en su luz,/como queda la rosa quemada.”, dice el poeta José Ángel Valente, recogido a manera de epígrafe con acierto por el Dr. José Luis Díaz en el texto con el que colabora en el número por los 50 años de Los cuadernos...



De su lectura, me he permitido asociar la idea de la irrupción del walkman en el imaginario y la representación de nuestra relación con la música y con el mundo, agregando entre paréntesis una “s” al término: “onírica”.

La conciencia (s)onírica, diría yo entonces, y la representación en/de los sueños.

Según Pagel, referido por Díaz, si bien los sueños se dan sin una organización planeada, son narrativas que manifiestan lo que él llama “el pensamiento corporal”. Lo que ha sido interpretado como carencias, el sentido, la linealidad, la lógica y la temporalidad, se insiste, “en vez de carencias sin sentido, estas características han sido interpretadas como particularidades que permiten formas de cognición alternativas y creativas que no disminuyen sino acrecientan o enriquecen la capacidad cognitiva” (283).

Tal y como señala Díaz, hay una cognición figurativa, semejante a la del proceso creador, recoge de la gran María Zambrano, que supone una enorme complejidad y que pone materiales en disponibilidad durante la vigilia por medio del recuerdo, la recolección, el relato, la interpretación y la representación.

8

Aunque a la postre la historia de la pesadumbre de Ibuka y el gesto amistoso de Morita, cargado de genialidad, resultó no ser sino una estrategia de mitificación del nuevo producto de Sony, pues el inventor original es un brasileño que gustaba de

correr escuchando su música e ideó algo que llamó el cinturón estereofónico, ello no resta un ápice a la significación que en el mundo de las prácticas culturales representó el walkman.

Y me refiero no solo a ese paisaje de individuos conectados a sus audífonos todo el tiempo, sino a dos conceptos que serán clave para comprender cabalmente la circunstancia contemporánea: portabilidad y la intervención/alteración con fines de personalización de los objetos y las narrativas culturales.

No es solo la ligereza del objeto walkman lo que hizo que se revolucionara el consumo de la música. Es algo más. Algo que antes que con la ligereza tiene que ver con liviandad y con lo que hoy todos entendemos como “play lists”, y que en el pasado remoto de los ochenta no era otra cosa que un cassette grabado con los sencillos que nos gustaban, en el orden narrativo que mejor nos parecía.

Lo relevante en particular del walkman es que, si me permite robarme artemáticamente un término analítico, propicia un tercer espacio. Un espacio de en-soñación que está a la vez en el afuera del objeto tecnológico y en el adentro del individuo que ha dispuesto su música de acuerdo a una narratividad del recuerdo, a una recolección de sentido y que tiene como resultante, sobre la pista de esa experiencia efímera de los (s)onírico una operación cognitiva y de creación que se instala en la frontera entre el mundo y el sujeto, en un territorio en el que a través de la materialidad de un artefacto, queda suspendida momentáneamente las demandas, reglas y mortificaciones de lo material mientras el individuo escucha.

9

“Liberada la tecnología de su conceptualización como ciencia aplicada, señala José Antonio López Cerezo, aparece como objeto de análisis epistemológicos, éticos y políticos. En las últimas décadas, señala, el tema que mejor ha servido para trazar un puente entre la filosofía de la ciencia y de la tecnología ha sido el análisis del papel del conocimiento científico, como conocimiento experto, en la evaluación y gestión de la tecnología en las sociedades contemporáneas.”

Me encamino ahora hacia el final de esta charla, planteando un problema que se deriva de lo anterior. ¿Es posible, o mejor dicho, es imprescindible que en una sociedad donde la tecnología se ha transformado en el eje de la vida y el resorte fundamental de lo que Bauman ha llamado la “modernidad líquida, planteemos una ética de los objetos?

Hoy, la tecnología, particularmente aquella que tiene que ver con los procesos de comunicación del sujeto con otros y consigo mismo, tiene en el walkman a una suerte de Lucy de sus saltos evolutivos. Sino del todo, sí en buena medida están ahí los primeros rasgos de lo que hoy será el signo de nuestros tiempos. Muchas fronteras hemos caer desde los ochenta, incluyendo un muro.

En ese mundo vertiginoso, que se desplaza sobre fronteras en llamas, o mejor dicho, fronteras que se han ensanchando a manera de no lugares, lugares del no lugar, cómo plantearse los cuestionamientos cotidianos a los que apela la ética: ¿qué comportamiento es bueno y cuál malo?, ¿se es libre para realizar tal o cual

acción?, ¿quién nos obliga a realizar esta acción?, entre estas dos acciones, ¿cuál se debe elegir?

Lo que claramente no resulta elegible es, en todo caso, comprender que la tecnología en nuestro presente no es un artefacto que el sujeto maneja y que es ajeno a su constitución como individuo y a su representación del mundo y la vida.

10

Hace unos días, en la fiesta de cumpleaños de una compañera de escuela de mi hija Inés, quien tiene casi 9 años, me acerqué a la chica, y sabiendo que además de practicar el violín, forma parte de una familia de connotadísimos músicos, estudiar ballet, su madre es bailarina, ama apasionadamente el fútbol. Me acerqué, decía, y le pregunté: ¿A qué equipo de fútbol le vas?, orgullosa a cual más, me respondió enseguida y sin titubear: Al Barça, dijo como si fuera algo obvio. Sonreí con esa displicencia tan propia de los adultos y acoté: No, en México, a qué equipo le vas en México. La amiga de mi hija, fue aun ás contundente: En México también le voy al Barça.

A la multiplicación, a la dispersión de las nociones de centro y periferia con que cruzamos el siglo XX, a la mitad de a segunda década del XXI, hoy debemos sumar al mapa de la experiencia humana, del imaginario de estos pequeños nativos digitales, un mundo sin objetos en el que priva el no lugar.

Las películas y series por Netflix, las bibliotecas virtuales donde se puede consultar un texto en la nube, Radio Mozart, y otras radios webs, incluyendo

Spotify, que emiten desde quién sabe dónde, las colecciones de no discos de iTunes o la discusión en el parlamento europeo sobre si los e-books son un bien o un servicio, dado que no se pueden heredar y no constituyen en sí una propiedad, sino una licencia.

Mas quizá, en este gran arco de ideas, representaciones y prácticas culturales que he intentado apenas esbozar, lo más relevante no sea ni siquiera que la televisión haya muerto o que ya nadie diga: ¿a dónde hablo?, sino cuánto a cuántos nos ha dejado de importar.

11

Lo que en realidad ha cambiado radicalmente en en ésta nuestra era, es que lo digital implica pensar y ser en el mundo de la horizontalidad. Un niño que lee "pantallas" habita y es en un mundo que es simultáneo, mutante, nómada y donde está rota verticalidad del saber. Pensar la tecnología más que como lo noticioso y utilitario, como campo de reflexión transdisciplinar, del conocer y del saber sobre lo humano. La apropiación tecnológica en la era digital se erige como forma de construcción de comunidades y mecanismo adaptativo del sujeto.

Si en el pasado remoto uso de la tecnología fue esencial en evolución biológica y hominización, hoy lo es como imagen del mundo. La tecnologías de lo virtual, así, conjuntan y separan a la vez al sujeto, a través de un mundo no-real, que no deja de ser real. En su "desorden", inmediatez y volatilidad, la virtualidad tecnológica, a contracorriente del mundo sólido, organiza y decanta.

Está fuera de duda que la apropiación de la tecnología de la virtualidad, entraña procesos mentales de nueva y diversa índole. Antes que "ciencia aplicada", la tecnología es una manera de vincularse con el mundo y la vida. La tecnología no es ni buena ni mala. Mas ello no significa que sea o pueda ser neutral, señala Manuel Castells. La tecnología no se agota en el "uso" del artefacto. Implica una práctica cultural específica. Se elige, se asume.

La comprensión cabal del impacto social de la tecnología, la acerca al campo de la historia de las ideas o historia cultural. Las "cosas" que la tecnología produce, no tienen un valor en sí mismo. Éste es otorgado a través de un proceso cultural. La elección entre un "objeto" tecnológico y otro, es la voz del espíritu de una época haciéndose sentir.

12

Michel Serres, el notable filósofo francés, a sus más de 80 años, admirado, entusiasmado por este mundo en el que algo profundo ha cambiado, no duda en pregonar: "Quisiera tener 18 años porque está todo por volver a hacerse, queda todo por inventar" (33).

Del mundo de lo impreso al de los hologramas, de la escritura como fijación a las virtudes de la virtualidad, del volumen editado como metáfora de un mundo acabado, cerrado, secuencial, a los hipervínculos capaces de llevarnos entre bifurcaciones infinitas.

Y sin embargo, a pesar de tanto que ha cambiado, de que como dice Serres comienza una era que verá la victoria del saber discutido, accesible y descentrado,

sobre las doctrinas transmitidas sumisamente, de una sociedad conectada libremente sobre la sociedad del espectáculo regida por los medios de comunicación y la publicidad, de habitar sin espacio y de tactibilizar no objetos, y sin embargo, la necesidad de comprender, la emoción de pensar, la alegría de indagar y relacionar y al fin encontrar en el desierto un grano de la arena del entendimiento, esa, sigue ahí.

A ella, a la comprensión, a la inteligencia, al conocimiento y al saber sobre la complejidad infinita de cada experiencia de vida ha contribuido durante medio siglo *Cuadernos de Psicoanálisis*, que así siga siendo durante muchos años más. Qué a la memoria de Feder y tantos más, así siga siendo, que así sea.

---

<sup>i</sup> Este texto se tituló originalmente: *Sobre el extenso tiempo, el sueño de los objetos desafía la densa bruma*. Y fue dictada como Conferencia magistral en el marco de los 50 años de la Revista *Cuadernos de Psicoanálisis*